

Filosofía y literatura

A modo de presentación

Héctor Zagal

En el prefacio al **Comentario a los Analíticos posteriores**, Tomás de Aquino organiza una especie de *Novum Organum*, y junto a obras como las **Categorías** y los **Analíticos**, incluye la **Poética** y la **Retórica**. Aquino afirma que la **Poética** es una parte del **Organon**, pues la poesía utiliza un “razonamiento” icónico capaz de persuadir a obrar el bien y evitar el mal. Reivindicando el estatuto epistemológico de la poesía, se adelanta a la teoría de la argumentación de Chaim Perelman. Tanto neoilustrados como deconstruccionistas se incomodan con la interpretación tomista: demasiado laxa para los rigoristas, demasiado acartonada para los escépticos. Y es que las relaciones entre eso que vagamente denominamos “filosofía” y “literatura” son inestables (sin que ello preocupe especialmente a los creadores).

Para Platón, la poesía como un poderoso instrumento didáctico. La expulsión de Homero y Hesíodo de la república ideal no es casual; los poetas educan o deforman a la juventud y a las clases bajas con sus estrofas. No obstante este poderío, la poesía es considerada por Platón una imitación de la imitación. La poesía no escapa al estigma de las artes: reproducir el mundo de apariencias. Paradójicamente, Platón se doblega a la poesía y recurre a la alegoría y al mito en las ocasiones cruciales de su pensamiento, ambas formas metafóricas de explicación.

Por su parte, Aristóteles gusta de mostrarse distante de figuras poéticas como la metáfora, a la que considera confusa y oscura cuando está en boca de sus antecesores, pero a la que rinde también tributo en momentos claves: piénsese en las metáforas bélicas utilizadas por el Estagirita en *Analíticos posteriores* II, 19 y *Metafísica* XII, 10.

La relación entre cristianismo y literatura es particularmente interesante. Desde muy temprano, los padres de la Iglesia se dieron a la tarea de desarrollar una teoría de la interpretación de la Escritura, que llevó naturalmente al estudio de la alegoría, de la metáfora, y en general del valor expresivo de las diversas figuras poéticas. La exégesis y hermeneútica bíblica son un sólido puente entre literatura, crítica literaria y filosofía. Al interés exegético habría que añadir la atención dedicada por los medievales a la retórica. El arte de la persuasión es cultivado durante la edad media con propósitos pastorales.

Al parecer, la tajante distinción entre un saber duro llamado "filosofía" y un arte blando llamado "literatura" se consolida en el pensamiento moderno y se perpetúa hasta nuestros días en buena parte del mundo académico, por mucho que las humanidades se enseñen en facultades de "filosofía y letras", donde la conjunción es precisamente lo que no está claro.

Quizá el problema arranque de nuestra proclividad a leer el término "filosofía" desde una perspectiva demasiado moderna. Suponemos, erróneamente, que cuando los antiguos, algunos escolásticos y varios temprano modernos, hablan de "filosofía" están utilizando el término en el mismo sentido que nosotros. En mi opinión, el sentido etimológico de filosofía es más exacto que el así llamado sentido "propio" para entender lo que griegos y medievales comprendían por dicho término. Filosofía es, ante todo, amor a la sabiduría. Amor denota su carácter tendencial y, por tanto, inacabado. Sabiduría significa la comprensión de la raíz de la vida y del mundo. La sabiduría no era ciencia prototípica; era actitud, toma de postura, valoración.

La sabiduría, lo mismo entre griegos, judíos y cristianos no es, contra lo que parece, una ciencia pura; es un modo de ver el mundo. Modo en el que se dan cita lo mismo actitudes científicas que morales (basta recordar las prescripciones ascéticas del pitagorismo). El sabio no es científico *par excellence*; sí es, en cambio, un ordenador, un arquitecto de ideas y comportamientos.

En consecuencia, a nadie debería extrañar que literatura y filosofía se traslapen, se confundan e imbriquen. Únicamente un afán taxidermista puede llevar a desvincular poesía y filosofía.

Cabrían tres objeciones ilustradas en favor del taxidermismo, tres objeciones contra la promiscuidad epistemológica. Primeramente, podría argüirse el carácter sistemático de la filosofía. La objeción es, pienso, poco afortunada. Más de algún filósofo consagrado por los manuales es difícilmente sistematizable, al menos si por sistema entendemos el modelo axiomático. El caso típico sería Platón, cuyos diálogos distan de constituir una exposición axiomática. Además, los literatos no excluyen de sus obras el orden, el plan, y en esta medida puede hablarse de una exposición sistemática. **Muerte sin fin** de Gorostiza, **El cementerio marino** de Valéry o **Canto a mi mismo** de Whitman, podrán antojársenos asistemáticos y confusos, pero esta observación descansa en el supuesto de que el paradigma del sistema es el axiomático. Tal suposición es doblemente injusta: la axiomática no es la única manera de sistematizar, y es dudoso que los poemas citados estén escritos al margen de un plan.

Segunda: la literatura, y en particular la poesía, no hacen énfasis en la argumentación, mientras que la filosofía sí. La objeción supedita todo a nuestro concepto de "argumento". La lógica contemporánea ha enfrentado severos problemas al intentar definir qué es un "buen" argumento; tarde o temprano se remite al concepto de racionalidad, éste, como la argumentación tienen un carácter contextual. Basta pensar en que un "buen" argumento en filosofía analítica, puede ser un mal argumento en fenomenología. No pretendo negar la existencia de buenos y malos argumentos, y mucho menos descalificar la tarea argumentativa. Mi intención es advertir que la noción de

argumentación dista de ser tan prístina y luminosa como para aclarar las complejas relaciones entre filosofía y literatura.

Tercera: la literatura subordina el discurso a la belleza, mientras que la filosofía subordina el discurso a la verdad. Nuevamente la objeción pondría en peligro el carácter filosófico de algunos autores universalmente reconocidos como filósofos. Tal es caso de los presocráticos a quienes Occidente reconoce como padres de la filosofía y cuya obra estaba escrita en versos. El laborioso esfuerzo de versificar implica una interferencia sobre una redacción directa y lineal. Quien versifica subordina parcialmente sus ideas al metro y la rima. Se tambalearía, también, el *status* filosófico de todos aquellos autores filosóficos con una mediana preocupación por el estilo y el lenguaje, pues el discurso estaría subordinado, aunque en menor grado, a las exigencias de la belleza del lenguaje. La objeción asume, además, que la literatura es cultivo de efectismo, ansioso de belleza, cuando, lo mismo rapsodas y juglares, que los poetas más o menos modernos, ponen en duda el carácter absolutista de dicha aseveración.

No es mi propósito dismantelar las tres objeciones —ignoro si es posible hacerlo— sino resaltar que las relaciones entre filosofía y literatura bien merecen una reflexión y, sobre todo, pretendo insinuar un preludio para este número de **Tópicos**, dedicado precisamente al genérico y ambiguo tema “Filosofía y literatura”. Se recogen, en estas páginas, artículos que tienen en común el ser una reflexión sobre autores o textos que tradicionalmente suelen situarse en el ámbito de las letras.

Deslindar excesivamente la literatura de la filosofía soslaya las relaciones entre fondo y forma. Una preocupación por el fondo implica una preocupación por la forma. La filosofía analítica ha puesto al descubierto tal vínculo. La forma no es algo accidental en la expresión de nuestras ideas. Sólo podemos pensar con lenguaje. La palabra es algo más que la encarnación del pensamiento: la palabra es pensamiento. El filósofo no está exento de la preocupación por la forma; eximir al filósofo de la preocupación por la forma equivaldría a eximirlo de pensar.

La literatura es un arte y la reflexión sobre el arte, de la que difícilmente escapa el propio artista, es un primer empalme con la estética. De suerte que la frontera entre literatura y filosofía se desdibuja también por este ángulo. El problema radica, quizá, en un afán moderno por trazar la frontera entre literatura y filosofía con una línea perfecta, cuando sería mejor recurrir a un *sfumatto*, permeable y osmótico, pero no anárquico.

Copyright of *Tópicos. Revista de Filosofía* is the property of Universidad Panamericana and its content may not be copied or emailed to multiple sites or posted to a listserv without the copyright holder's express written permission. However, users may print, download, or email articles for individual use.